

Partidócratas y plebiscitarios. Notas sobre el liderazgo y la gobernanza en Venezuela

Sumario

El cambio político en la construcción del liderazgo democrático. El liderazgo en transición. El liderazgo neopopulista como proyecto hegemónico.

Resumen

En la medida en que la naturaleza del liderazgo determina significativamente la calidad de la democracia en nuestros países, su vinculación con la cuestión de la gobernanza resulta relevante para entender las vicisitudes, orientaciones y promesas incumplidas de la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder. En este trabajo planteamos como hipótesis básica la relación conflictiva entre los cambios en las actitudes de la clase política con los resultados de cambios más estructurales, a fin de establecer el contenido y dimensión del desplazamiento del liderazgo tradicional partidocrático y su sustitución por otro de corte plebiscitario y neopopulista.

Palabras clave: *Partidocracia, liderazgo plebiscitario, neopopulismo, gobernanza, Venezuela.*

Abstract

In the measure in that the nature of the leadership determines the quality of the democracy significantly in our countries, its linking with the question of the gobernanza is outstanding to understand the vicissitudes, orientations and unfulfilled promises of the experience of Chávez and of the chavismo in the power. In this work we outline as basic hypothesis the conflicting relationship among the changes in the attitudes of the political class with the results of more structural changes, in order to establish the content and dimension of the displacement of the leadership traditional partidocrático and their substitution for another of court plebiscitario and neopopulista.

Key words: *partidocrático, leadership, plebiscitario, neopopulismo, gobernanza, venezuela.*

Artículo: *Recibido, febrero 16 de 2005, aprobado, marzo 28 de 2005*

Alfredo Ramos Jiménez: *Doctor en Ciencia Política por la Universidad París Sorbonne. Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes. Director del Centro de Investigaciones de Política Comparada-CIPCOM.*

Correo electrónico: alfredoramos@hotmail.com



Anaquelel

Partidócratas y plebiscitarios. Notas sobre el liderazgo y la gobernanza en Venezuela

Alfredo Ramos Jiménez

En uno de los pasajes centrales de su teoría de la democracia, Sartori se pregunta si debemos aceptar de una vez el hecho de que la democracia como sistema de gobierno ha dejado sin resolver la cuestión problemática de la relación entre mayorías y minorías: “¿cómo es que el dominio de la mayoría acaba por ser el gobierno de la minoría?”. En otras palabras y en la medida en que la democracia produce minorías (en plural), no una minoría (en singular), aquella no autoriza un gobierno fuerte (autocrático) sino más bien uno débil. Este último, según Sartori, denota el término de liderazgo, constituyéndose en una cuestión crucial para el origen y desempeño del gobierno democrático (1988, p. 168-169)¹

Ahora bien, el liderazgo, entendido como *dirección* o conducción, comprende siempre objetivos y metas compartidos entre los líderes y los seguidores. De modo tal que la acción de los primeros induce a estos últimos, mediante valores y motivaciones, a perseguir determinados fines. En tal sentido, difícilmente podría incluirse al gobierno dictatorial en la noción de liderazgo. Sin embargo, las transformaciones recientes del *liderazgo democrático* nos permiten avanzar la hipótesis sobre el surgimiento de “liderazgos en transición” que afectan la gobernanza en las neodemocracias latinoamericanas.

El cambio político en la construcción del liderazgo democrático

Con el ascenso de Chávez y del chavismo al poder (1999) en Venezuela comienza una etapa de cambios políticos y sociales, con significativas repercusiones para el futuro. En este contexto, el desplazamiento de los actores hegemónicos del sistema político precedente, por una parte, y la modificación sustancial de las reglas del juego político, por otra, constituyen una base suficiente para sostener, en un primer análisis, el derrumbamiento o caída del régimen democrático-bipartidista inaugurado en 1958 y su sustitución por un ensayo de corte autoritario y neopopulista.

Tales cambios, que vinieron acompañados de reordenamientos en las relaciones entre el Estado y la sociedad, difieren notablemente de aquellos que resultaron de la intervención de una voluntad conciliadora de las elites, más orientada hacia el consenso social de las principales fuerzas políticas, durante la época que aquí denominaremos de “democracia de partidos”, en tanto modalidad específica de las así llamadas “democracias pactadas”, presentes en una etapa crucial de la democratización latinoamericana.

En tal sentido y debido a la presencia de unos cuantos determinantes estructurales, particularmente aquellos que han provocado en la época

¹ Cf. Giovanni Sartori, 1988, p. 168-169. En su proposición sobre las “falsas promesas” o desengaños de la democracia, Norberto Bobbio ya había advertido hasta qué punto, “la presencia de elites en el poder no borra la diferencia entre regímenes democráticos y regímenes autocráticos”, siguiendo en ello a Joseph Schumpeter, para quien la característica distintiva del gobierno democrático no es la ausencia de elites sino la presencia de muchas elites que compiten entre ellas por la conquista del voto popular. Cf. Norberto Bobbio, 1986, p. 20-21.

reciente el surgimiento de grandes tensiones, expresadas en el enfrentamiento entre el Estado y diversos sectores de la sociedad civil, la nueva relación Estado-sociedad política-sociedad civil se revelará mucho más contradictoria y conflictiva que en el pasado.

En nuestra hipótesis de trabajo, ello puede abordarse a partir de la vinculación estratégica entre la calidad del liderazgo que se va construyendo y sus consecuencias para la gobernanza democrática. De entrada, como determinantes estructurales de la elevación de la conflictividad social y sus consecuencias en la formación del liderazgo, encontramos:

En primer lugar, la desmovilización de un vasto sector de la sociedad civil, que se traduce en el crecimiento de la antipolítica. Debido a ello, la ausencia en los años recientes de “esfuerzos políticos deliberados” orientados hacia el alcance de una legitimidad suficiente para asegurar la gobernabilidad bajo condiciones de permanencia y estabilidad en el tiempo.

En segundo lugar, la reducción de la capacidad de los partidos políticos para “encapsular” o reducir los conflictos sociales, conjuntamente con las dificultades que habrían de confrontar los nuevos partidos políticos para cumplir con su función de representación de los diversos sectores sociales, hecho que encontramos en el origen de la búsqueda en nuestros días de un modelo alternativo de partido.

En tercer lugar, el crecimiento de la demanda social dirigida hacia un sistema político desbordado, que iba entrando en una situación de crisis, y hacia el Estado, en particular, que ha ido abandonando sus principales funciones.

En cuarto lugar, la persistencia en la sociedad política de “problemas insolubles” -en el sentido propuesto en la conocida hipótesis de Linz- que resulta de la combinación de una severa ineficiencia de la clase política, por una parte, con la polarización creciente al interior de la sociedad, por otra, hecho que ha impedido hasta aquí la adopción de soluciones efectivas y duraderas, que garanticen una relación consensual -natural o normal en toda democracia competitiva- entre gobierno y oposición (1987, 381-409).²

Es en la década de los 90 cuando una crisis generalizada de la legitimidad democrática provoca en la clase política, vía partidos, una revisión de las formas de abordaje de los dos principales desafíos, a saber: por una parte, la necesidad de redefinir el modelo de desarrollo económico a fin de hacerlo viable o accesible, tanto para las élites como para las masas, lo cual suponía que en su implementación -según la aspiración de estas últimas- se debía asegurar como resultado el mejoramiento de las condiciones de vida de amplios sectores de la población que se habían mantenido excluidos y; por otra parte, la necesidad de emprender en la tarea inaplazable de reconstrucción del sistema político, para lo cual será preciso contar con bien determinados recursos humanos y materiales, todo dentro del marco de unas reglas de juego acordadas y legitimadas por los ciudadanos electores.

Ahora bien, la realización de estas dos tareas prioritarias suponía en los años recientes la conformación de una nueva clase política, con capacidad para impulsar social y políticamente el rescate de una institucionalidad bloqueada y, lo más significativo, la reconfiguración del sistema de partidos, que se había ido debilitando y ya en los 90 había perdido los espacios conquistados en las décadas precedentes, poniendo en peligro con ello la estabilidad del Estado democrático (Ramos, en Cavarozzi y Abal, 2002, p. 381-409).³

Asimismo, una suerte de “fatiga cívica” está en el origen del despliegue -incontenible para la clase política- de actitudes antipolíticas entre los ciudadanos, fomentando con ello un clima de desencanto con la democracia, hecho social que, a partir de una extendida demanda de cambio, está en el origen del advenimiento de soluciones políticas alternativas de cuño personalista, las mismas que en su despliegue se revelarían providenciales y provisionales.

El liderazgo democrático del pasado, aquel que promediando los 70 se expresa bajo la forma de *duopolio partidista* -AD y COPEI controlando la mayor parte del electorado, por una parte, y sin el recurso a coalición alguna en el ejercicio del gobierno, por otra- fue derivando ya en los 80 en una *partidocracia*, políticamen-

² Véase Juan J. Linz, 1987 (Edición original en inglés en 1978). Sobre las causas que desencadenaron la crisis del sistema político venezolano en la década de los 80, ya habíamos adelantado unas cuantas hipótesis de trabajo en un libro colectivo publicado en 1987 con ocasión del III Simposio Nacional de Ciencia Política realizado en la Universidad de Los Andes. Véase Alfredo Ramos Jiménez, 1987.

³ Cf. Alfredo Ramos Jiménez, en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (h.), 2002, p. 381-409.



te excluyente, reñida con la promesa democrática de los orígenes.⁴

Ahora bien, la referencia a una sociedad civil desencantada tiene mucho que ver con la evidente desmovilización social que, a fines de los 90, abrirá el camino en nuestro país, como en el pasado en otros países latinoamericanos, a las soluciones mesiánicas y autoritarias. De hecho, los encuentros y desencuentros de una clase política muy venida a menos, forman parte en nuestros días de una singular “política de transición”, que ha ido dejando atrás los primeros ensayos venezolanos de construcción de una democracia genuina. De modo tal que el proyecto impulsado por los principales partidos políticos desde su fundación a fines de los 50 y concebido por el liderazgo post-autoritario venía enmarcado dentro del modelo de una *democracia de partidos*.⁵

El posterior disfuncionamiento de los partidos políticos venezolanos o el abandono por estos últimos de sus principales funciones en la década de los 80 está en el origen de una degradación del liderazgo democrático de los líderes fundadores, el mismo que en el caso venezolano devino liderazgo partidocrático, que a su vez sería desplazado en la década de los 90 con la entrada en escena de *outsiders* políticos o líderes sociales extra-partido, portadores estos últimos de la promesa plebiscitaria y neopopulista.⁶

La decadencia de los partidos políticos venezolanos responde a un fenómeno general de las democracias occidentales, destacado por los investigadores dentro del contexto de la creciente profesionalización de la política y de especialización de las elites. Ahora bien, una tal profesionalización sólo se reduce a los cuadros y dirigentes de los partidos y no a todos

los miembros. De aquí que los primeros casi siempre se inclinan hacia la construcción de estructuras especializadas que los van aislando y separando de las bases y del electorado en su conjunto.

Debido a la lógica partidista de los intereses, los partidos –ha observado Flores D’Arcais– pasan a convertirse en “organismos autorreferenciales”, que viven bajo impulsos oligopólicos, lo que les impide concentrarse en la competición política. Los partidos devienen *corporaciones privadas*, que tienden a crear y manejar “sus” propios intereses (corporativos) y en la medida en que han abandonado significativamente el “interés general” dejan de alimentar o sustentar la democracia representativa: la democracia de partidos deviene partidocracia (D’Arcais, 1995, p. 49-50)⁷

En su concepción de la clase política en el Estado de partidos, Klaus von Beyme fue el primero en vincular la crisis generalizada de los partidos con el cambio de sus funciones más específicas, manifiesto en unas cuantas transformaciones críticas de las formas partidistas de hacer política. Así, en la medida en que aceptemos el hecho de que “los partidos deberían reinventarse si no existieran”, bajo ciertas condiciones, derivadas de la situaciones de crisis, los primeros constituyen respuestas naturales o normales a estas últimas que, en el caso de Venezuela, estaban caracterizadas por una menguante capacidad organizativa de los partidos en lo interno y por la reducción de su capacidad para asegurar la representación e identificación de cara a los ciudadanos electores (Klaus von Beyme, 1995, p. 46-47).⁸

Dentro de ese contexto, el advenimiento del liderazgo plebiscitario a fines de los 90 comienza manifestándose como portador del

⁴ Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 1999, p. 35-42; Véase Juan Carlos Rey, 1989; Miriam Kornblith, 1998; Manuel Hidalgo Trenado, 1998, p. 63-100; Michael Penfold Becerra, 2001, p. 36-51; Daniel H. Levine, 2003, p. 21-40.

⁵ Sobre el modelo de democracia de partidos o “forma partidista de hacer política”, véase la segunda parte de mi libro *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, 1997, p. 135-214. También, parte del debate latinoamericano en Manuel Antonio Garretón, 1995; Agustín Martínez, 1997 y Jaime Osorio, 1997. Esta discusión, aparentemente superada en nuestros días, ha resurgido en las investigaciones recientes sobre los partidos y sistemas de partidos en las neodemocracias latinoamericanas. Véase el libro colectivo de Isidoro Cheresky e Inés Pousadela, 2001.

⁶ La degradación de los ensayos políticos latinoamericanos que desembocaron en las “democracias presidenciales”, tan inestables como inconclusas, ha sido un fenómeno general advertido en unas cuantas aproximaciones sobre el tema. Véase Georges Couffignal, 1994; Roderic Ai Camp, 1997; Olivier Dabene, 1997; Ernesto López y Scott Mainwaring, 2000.

⁷ Cf. Flores D’Arcais, 1995, p. 49-50. Véase el apartado “Cultura política y forma partidista de hacer política” en A. Ramos Jiménez, 1997, p. 201-214. En un conocido texto, Angelo Panebianco advertía entre los cambios profundos de los partidos el hecho de que “el profesional de la política es simplemente aquel que dedica toda, o una gran parte de su actividad laboral a la política y tiene en ella su principal medio de mantenimiento”, 1990, p. 419. Y Flores d’Arcais: “El único oficio para el que ha sido entrenado (el político profesional) es para obtener consenso y distribuir recursos. Sabe de comités, de componendas, de manejo de asambleas y del *do ut des*” Ibidem, p. 56 (El paréntesis es mío).

⁸ Cf. Klaus von Beyme, 1995, p. 46-47.

“gran rechazo” social de la democracia de partidos y habrá de desembocar, como en unos cuantos países latinoamericanos, en soluciones autoritarias antidemocráticas. En efecto, en la experiencia venezolana, unas formas políticas plebiscitarias van desplazando a las formas representativas del gobierno democrático desde el momento en que la primacía asignada al principio mayoritario –quien gana las elecciones pretende llevárselo todo– reduce en la práctica la expresión de los intereses de las minorías. De aquí que el surgimiento de los nuevos líderes, alternativos en más de un sentido, esté en el origen de un fenómeno extendido en la experiencia latinoamericana de la democratización en los 90. Los nuevos líderes se presentarán en unos cuantos casos como los grandes “desarticuladores” de la política democrática del pasado. Piénsese en los casos de Carlos Saúl Menem en Argentina, Fujimori en Perú, Abdalá Bucaram en Ecuador y Hugo Chávez en Venezuela (Carina Perelli, 1995, p. 163-164).⁹

Con base a tales experiencias y dentro de su proposición de la “democracia delegativa”, Guillermo O’Donnell ha destacado el fenómeno de la personalización del poder en nuestros países como la premisa, según la cual, “la persona que gana la elección presidencial está autorizada a gobernar como él o ella crea conveniente, sólo restringida por la cruda realidad de las relaciones de poder existentes y por la limitación constitucional del término de su mandato. El presidente es considerado la encarnación de la nación y el principal definidor y guardián de sus intereses (O’Donnell, 1997, p. 293).”¹⁰

⁹ Cf. Carina Perelli, 1995, p. 163-164.

¹⁰ Guillermo O’Donnell, 1997, p. 293. En este trabajo, O’Donnell destaca el hecho de que la “democracia delegativa” no es ajena a la tradición democrática occidental: “en realidad es más democrática, pero menos liberal, que la democracia representativa. La DD es fuertemente mayoritaria. Consiste en producir, por medio de elecciones limpias, una mayoría que autoriza a alguien a convertirse, por cierto número de años, en la exclusiva corporización e intérprete de los más altos intereses de la nación. (...) Las elecciones en las DD son un acontecimiento sumamente emotivo, en el cual las apuestas son muy altas: los candidatos compiten por la oportunidad de gobernar virtualmente exentos de todo tipo de restricción salvo las impuestas por las relaciones de poder desnudas, no institucionalizadas” (p. 294). Está claro que estas observaciones del politólogo argentino estaban inspiradas en la práctica autoritaria de Carlos Saúl Menem, naturalmente extensibles al fenómeno Chávez en Venezuela.

¹¹ Pierre André Taguieff, 2002, p. 25. Con la excepción de ciertos casos residuales, ha observado Guy Hermet, “los populistas acarician raramente la visión utópica de una democracia “popular” en pleno sentido y rara vez son portadores de proyectos de extensión de los procedimientos de democracia directa.” Cf. Guy Hermet, 2001, p. 46. Hasta aquí, resulta generalmente admitido que la indefinición del populismo latinoamericano se ha debido principalmente a la ambivalencia, ambigüedad y a un equívoco generalizado en la literatura política que aborda el fenómeno.

¹² Véase el libro colectivo de Steve Ellner y Daniel Hellinger, 2003. Por nuestra parte, habíamos adelantado como hipótesis de trabajo la realización de “un nuevo comienzo”, apoyándonos en la naturaleza mesiánica y plebiscitaria del liderazgo de Chávez. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2000, p. 13-31.

¹³ La mala prensa del bipartidismo venezolano en la década de los 90 minó definitivamente la base misma de su enraizamiento social. Teodoro Petkoff lo ha resumido así: “Los dos grandes partidos que dirigieron a Venezuela, AD y COPEI, desde finales de los 70 comenzaron a ser percibidos por el país cada vez con mayor desdén. Estos partidos, cuyas dirigencias se tornaron sumamente mediocres, no tenían nada que ver con los padres fundadores de ambos.

Desde esta perspectiva, cabe aceptar el hecho de que la configuración del populismo latinoamericano, como movimiento social alternativo frente a los ensayos democráticos, corresponde a aquella “forma patológica producto de la insatisfacción de los ciudadanos en las democracias representativas caracterizadas por una débil participación cívica”¹¹ y, por lo mismo, se inscribe dentro del proceso de democratización de nuestros países, como una etapa crucial, en algunos casos traumática, siempre marcada por la incertidumbre.

El liderazgo en transición

El ascenso de Chávez y del chavismo al poder marca para Venezuela el comienzo de una “nueva época”, la “época de Chávez”, de acuerdo con la identificación convencional que se ha impuesto entre los investigadores.¹² Ciertamente, todo parecía indicar –a nivel del discurso y de las primeras decisiones del nuevo gobierno– en los primeros meses del 99 que los venezolanos estábamos asistiendo a una reestructuración del sistema político, tarea sociopolítica que había quedado a medio camino durante el segundo gobierno de Rafael Caldera.

Como hemos visto más arriba, la degradación de la clase política, conjuntamente con el debilitamiento progresivo de los partidos políticos y *last but not least*, el surgimiento de un liderazgo más personalizado como la única alternativa política a la vista, configuraban una solución inédita y, al parecer, sin precedentes en la historia política de Venezuela.¹³ Se produ-



ce entonces una transición desde el liderazgo partidocrático, que ha caído en desgracia, hacia un nuevo liderazgo que, para el momento reviste características plebiscitarias, un tanto cercanas al poder efectivo de los presidentes electos en las democracias delegativas.

Si admitimos el hecho de que en la experiencia latinoamericana de las transiciones democráticas todo cambio de régimen, implica por principio un realineamiento de las preferencias políticas y electorales de los ciudadanos, tanto como el reordenamiento de las formas de articulación y agregación de los intereses, rol político que tradicionalmente habían ejercido con relativa influencia y efectividad los partidos políticos –en el caso de Venezuela a partir de la década de los 40 y hasta bien entrados los 80– la nueva relación de fuerzas escapa ciertamente al liderazgo partidocrático que, por lo mismo, va siendo desplazado en el terreno de lo social y lo político por aquello que, a fines de los 90, se ofrecería a los ciudadanos como “nuevo” liderazgo (Gómez en Wilhelm Hofmeister, 2002)¹⁴

Cuando en trabajos anteriores hemos identificado este tipo de liderazgo como *plebiscitario*, ello se debe al hecho de que el fenómeno reúne aquellos elementos constitutivos que ya Max Weber había conceptualizado como características idealtípicas del liderazgo plebiscitario (Ramos, 2002, p. 15-46)¹⁵

De hecho, este tipo de liderazgo no es nuevo en América Latina, puesto que el tradicional liderazgo nacional-populista, que fue tomando cuerpo en los diversos sistemas políticos a partir de los 40, se acercaba al modelo weberiano de autoridad carismática en más de un senti-

do. Así, junto al marcado carácter personal, la demagogia paternalista y la relación clientelar, tanto como la capacidad del líder para despertar en sus seguidores confianza y lealtad, habían convertido al tradicional liderazgo populista en un adversario difícil de vencer en las contiendas electorales.

En tal sentido, es preciso destacar el hecho de que el incipiente liderazgo democrático, que no sin grandes dificultades se va construyendo en la etapa de la transición postautoritaria de los 80, tenía al parecer todo en su contra en la arena electoral para enfrentar las embestidas de políticos carismáticos, curtidos en el manejo o manipulación de la política de masas. Los ejemplos abundan en la historia política latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Así, dejando de lado los casos de Perón en Argentina y Vargas en Brasil, como los dos casos prototípicos del nacional-populismo latinoamericano, las experiencias menos conocidas de Velasco Ibarra en Ecuador y de Arias en Panamá, vencedores estos últimos en no menos de cinco elecciones –no necesariamente sucesivas–, reunían unas cuantas características identificadoras del liderazgo plebiscitario, destacadas por Weber en su sociología de la política (Ramos, 2001, p. 237-262)¹⁶

La política del liderazgo plebiscitario resulta aún más determinante en las experiencias latinoamericanas del neopopulismo que se manifiestan a partir de los 90. Con innegables ingredientes militaristas, el liderazgo de Chávez, como antes el de Menem y Fujimori, acentúa la inclinación autoritaria, siempre renuente a las formas democráticas de participación.¹⁷ Así, la búsqueda de “todo el poder” y el desprecio por

Transformados en un grupo de operarios electorales, en máquinas pragmáticas de carácter estrictamente electoral, habían dejado de pensar el país, de pensarse a sí mismos, y de pensar el sistema político. Gerenciaban –para usar esa palabreja– las instituciones del Estado de un modo que al venezolano empezó a lucirle cada vez más incompetente y cada vez más corrupto. Teodoro Petkoff, 2000, p. 75-76. Por su parte, Carlos Blanco ha observado el hecho de que los partidos de la época “dejaron de pensar, dejaron de concebir procesos de transformación progresiva de la sociedad, cesaron en su exploración de los conflictos y de las estrategias para afrontarlos, se convirtieron en dispositivos electorales, lo que les permitía colocarse en mejor circunstancia para seguir siendo –o lograr ser– agentes de redistribución del ingreso”. Carlos Blanco, 2002, p. 47.

¹⁴ Véase Luis Gómez en Wilhelm Hofmeister, 2002.

¹⁵ Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2002, p. 15-46. Véase el apartado “La política como vocación”, en Max Weber, 2001, p. 80. Nótese que Weber distinguió los casos de una “democracia caudillista”, en la que median los caudillos, de la “democracia sin caudillos”, en la que median los “políticos profesionales”, carentes estos últimos de las “cualidades íntimas y carismáticas que forjan al caudillo”. *Ibid.*, p. 59

¹⁶ Sobre la etapa del nacional-populismo latinoamericano hemos adelantado algunos planteos, particularmente sobre su vinculación con la génesis de los partidos de la familia popular. Cf. Alfredo Ramos Jiménez, 2001, p. 237-262.

¹⁷ A una pregunta de la socióloga chilena Martha Harnecker, sobre la “especificidad” de su formación militar, Hugo Chávez responde: “Mira, otra de las cosas que influyó en mí fue el estudio que como militares hacemos de la técnica del liderazgo, es decir la técnica de cómo conducir grupos humanos. Uno aprende cómo levantarles la autoestima, la moral a la gente. Yo recuerdo hasta la matriz del liderazgo, porque además fui instructor durante muchos años.” M. Harnecker, 2003, p. 22. En la misma entrevista, Chávez deja entrever su admiración por los gobiernos militares de corte populista, de Omar Torrijos en Panamá y Juan Velasco Alvarado en Perú. (*Ibid.*, p.24-25). No deja de ser curioso

el “gobierno de las leyes” forman parte desde entonces de un fenómeno recurrente en este tipo de liderazgo. El mismo adopta un “estilo de hacer política” más proclive a la arbitrariedad del presidente, que se asume él mismo como “jefe único”, “jefe supremo” o “líder indiscutible” y cuenta para ello con los medios o recursos que le permiten hacerse aceptar como tal por sus seguidores.

En efecto, con el ascenso del liderazgo chavista se va conformando una clase política nueva o “emergente” que, en la práctica recupera un sector de las clases medias excluidas del sistema bipartidista, integrándolas dentro de una ciertamente sofisticada reivindicación popular que se autoproclama pacífica y revolucionaria. De modo tal que la manipulación de las expectativas del pueblo pobre y el impulso de políticas revanchistas obedecía a un bien determinado y estudiado “odio de clase”, que debía convertirse en la respuesta popular al desprecio de las elites. Pierre-André Taguieff ha observado que tales respuestas representan uno de los esquemas fundamentales del fenómeno populista, dejando casi siempre sin explicación la cuestión de saber ¿en nombre de quién o de quiénes?, ¿por qué causa? o, en fin, ¿en vista de qué o para qué?, concluyendo en la negación de una cierta “presunción de unicidad” del fenómeno.¹⁸

La nueva relación que se establece entre el líder plebiscitario y sus seguidores o colaboradores lo conduce fácilmente hacia posiciones de fuerza, que incluyen la negación de toda oposición. En cierto sentido, la política del líder plebiscitario traduce la “política de la antipolítica” y, como tal, canaliza las aspiraciones de las fuerzas antipartido. Y es que la política del neopopulismo deja de ser una “política de adversarios”, como en una democracia real, y se inclina definitivamente hacia la “política amigo/enemigo”, fórmula que se impone en las prácticas autoritarias del gobierno.¹⁹

Como en el caso del populismo latinoamericano tradicional, la política del neopopulismo se concibe ella misma por encima de las diferencias de partido y de las ideologías. En esto, debemos destacar el hecho de que, a diferencia de lo que ocurre con los populismos, en los neopopulismos plebiscitarios el líder se va ubicando, a partir de su propio “movimiento” o “partido” (de todo el pueblo), por encima de todas las fuerzas políticas en presencia.

El equipo dirigente y los cuadros medios del “partido” o movimiento neopopulista integran a los más cercanos colaboradores del líder plebiscitario, en tanto seguidores incondicionales, bajo la forma de séquito weberiano. De aquí que el líder plebiscitario no esté dispuesto

el hecho de que en la entrevista concedida a un periodista amigo de la causa chavista, el presidente haya obviado totalmente lo afirmado a la investigadora chilena. Así, lo relativo a sus primeras lecturas y a los procesos latinoamericanos de cambio, que despertaron su vocación de poder militarista, son sustituidas por el anecdotario extraído de su pasado juvenil de aspirante a jugador de las grandes ligas del béisbol. Cf. El apartado “Quería ser como Chávez”, en Eleazar Díaz Rangel, 2002, p. 31-38.

¹⁸ Si en los orígenes modernos de la democracia política se ha tomado ligeramente a la masa de desposeídos como “instrumento de los alborotadores”, su movilización en el caso latinoamericano por líderes ambiciosos, con capacidad para encarnar la legítima indignación moral del pueblo, casi siempre desembocó en el ascenso a las posiciones de poder de un “personal” inescrupuloso y extravagante. En el caso de Venezuela, la clase política “emergente” encontró enormes obstáculos en su carrera hacia el poder, provocando con sus acciones y decisiones el menosprecio de los privilegiados y el temor de las clases medias. Por paradójico que parezca, las políticas del chavismo no contaron en momento alguno con el apoyo sustantivo de los intelectuales y alimentaron en todas partes la voracidad de un personal oportunista y resentido con el bipartidismo. Cf. A. Ramos Jiménez, 2003, p. 107-125. En la historia política latinoamericana, la “revolución bolivariana” sería la primera propuesta social transformadora que se realiza sin el concurso de los intelectuales y de la clase obrera. Así, “en contraste con figuras clásicas populistas como Juan Domingo Perón, Getulio Vargas, Lázaro Cárdenas y Víctor Raúl Haya de la Torre, Chávez no ha sido capaz de usar el movimiento laboral como la organización pilar de su militancia popular”. Kenneth Roberts, 2003, p. 91.

¹⁹ Observemos aquí cómo para el teórico favorito del pensamiento antiliberal autoritario, Carl Schmitt: “La distinción política específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción *amigo* y *enemigo* (...) esa distinción se corresponde en el dominio de lo político con los criterios relativamente autónomos que proporcionan distinciones como la del bien y del mal en lo moral, la de belleza y fealdad en lo estético, etc.”. Anotemos asimismo el hecho de que la política democrática está reñida con esta concepción de la política que resultará siempre de la imposición de un grupo social, una vanguardia ideológica o, en fin, de la voluntad de un “jefe supremo”, que ha logrado convencer a una mayoría del electorado de su misión “providencial” o “redentora” del pueblo. Cf. Carl Schmitt, 1991, p. 56.

En tal sentido, no resulta sorprendente el hecho de que el primer partido de Rómulo Betancourt, la Acción Democrática de los 40, también se hizo aceptar y reconocer como el “partido del pueblo”. La experiencia autoritaria del llamado “trienio adeco” ha sido destacada como la pariente lejana más conocida de la experiencia plebiscitaria del chavismo en el poder. Véase Manuel Caballero, 2000.



en momento alguno a ceder o compartir su posición de poder y, mucho menos, a aceptar disidencia alguna entre los “suyos”. Por el contrario, el liderazgo democrático posee siempre objetivos y medios compartidos, hecho que no sucede en el liderazgo personal plebiscitario. De ello se sigue el carácter traumático de las relaciones en el seno del movimiento cuando se producen las deserciones y expulsiones de quienes, en uno u otro momento, van abandonando la nave neopopulista.²⁰

En el caso de la Venezuela de Chávez, particularmente en la época que arranca con el golpe de abril 2002, cuando las posiciones dentro del tinglado gubernamental se fueron depurando con el recurso a un personal más cercano y controlable, que poco a poco iba ocupando los puestos estratégicos de la así llamada “revolución bolivariana”, las carencias si no la ausencia de un liderazgo democrático consistente en la oposición dejaron el camino libre a la aventura neopopulista.²¹

Asimismo, la invocación chavista de una “democracia participativa” -más abstracta que real-, como la fórmula política que habría de superar a la “democracia representativa” de los partidos, resulta sintomática de una tendencia generalizada entre los líderes plebiscitarios a la exaltación de la primera como la única alterna-

tiva ante la “democracia realmente existente” en nuestros países. Aunque no faltan razones para incluir esa invocación, recurrente dentro de la retórica neopopulista que hasta aquí ha venido identificando a unos cuantos portadores de la promesa neoautoritaria, dentro de una ya tradicional reacción conservadora ante la democracia de partidos.²²

La búsqueda de apoyos y fundamentos ideológicos para el proyecto “revolucionario” del liderazgo de Chávez, parte de la invocación de un bolivarianismo tan abstracto como inescrutable. Y es que la incorporación en el discurso presidencial de unas cuantas sentencias extraídas del ideario del libertador estuvo siempre marcada por contradicciones insuperables, derivadas estas últimas de una “política bolivariana” ambigua que, si bien es cierto resulta explicable dentro del contexto político de la Independencia, parece difícilmente aplicable en el contexto de un siglo XXI que comienza. En tal sentido, resulta imperativo advertir el hecho de que la doctrina bolivariana, liberal y jacobina en bien determinados textos, contiene elementos conservadores y autoritarios en otros, que nada tienen que aportar a la política democrática de nuestros días, que no sea el valor ejemplarizante de sus conocidas advertencias éticas sobre el ejercicio del poder.²³

²⁰ Refiriéndose al “partido” del chavismo en el poder en sus orígenes, Teodoro Petkoff ha observado: “desgraciadamente para él, para Chávez, el movimiento sobre el cual se apoya, el movimiento político que lo acompaña, es un amasijo de viejos *routiers*, como se dice en francés, de la política venezolana. Veteranos, muchos de ellos “maleados” por la vieja política. En el cambio político habido, los protagonistas se parecen demasiado, en su conducta, a los adecos y copeyanos desplazados del poder. Al “integrarse” al sistema tuvo que construir un partido. Y lo hizo con los restos de la izquierda “borbónica” y con miles de oportunistas de adecos y copeyanos que hoy portan boína roja.” Teodoro Petkoff, op.cit., p. 25. Cf. José Antonio Rivas Leone, 2002.

²¹ Hoy en día resulta frecuente la comparación de las experiencias “populista” de Carlos Andrés Pérez y neopopulista de Hugo Chávez. Tanto la personalización de la decisión política como la demagogia clientelista son ciertamente comparables, pero la propensión del presidente Chávez a una suerte de legitimación de la ilegalidad no tiene precedentes. Si a ello agregamos la vocación centralizadora de este último, por una parte, en ruptura con el texto constitucional inspirado en las líneas dadoras de su propio proyecto político y una concepción militarista de la política, por otra, entonces vamos entrando en la práctica tradicional de las dictaduras patrimoniales o de los caudillos rurales del siglo XIX latinoamericano. Sobre este punto véase David J. Myers y Jennifer McCoy, 2003, p. 41-74; Luis Madueño, 2002, p. 47-76; Alexander Adler, 2004, p. 10. y Manuel Felipe Sierra, 2004, p. 1-2.

²² La propuesta de una “democracia participativa” estaba contenida en la proposición original de reforma constitucional del presidente Rafael Caldera en los 90. La misma parece inspirada en una idea socialcristiana principista, esgrimida por el presidente chileno Eduardo Frei contra las tesis socialistas de Salvador Allende en los años 60. Su adopción en la Constitución venezolana de 1999, al parecer obedecía a la inspiración de algunos constituyentes que habían militado en la democracia cristiana. Su adopción por el chavismo no deja de ser sorprendente, aunque la misma coincida con una propuesta de reforma de Fujimori, luego de su cuestionada reelección de 1995. En todo caso, la democracia participativa tiene connotaciones de una “democracia directa”, que se apoyaría en la vigencia de los *referenda*, como medida innovadora incorporada en el nuevo texto constitucional. Cf. Roberto Viciano Pastor y Rubén Martínez Dalmau, 2001, p. 180-183.

²³ Armando Durán ha observado en un texto reciente el hecho de que la experiencia de Chávez y del chavismo en el poder se alimenta del militarismo, el populismo y el marxismo, en un todo ideológico bautizado como “revolución bolivariana”. Cf. A. Durán, 2004, p. 15-19. Por su parte, Alberto Garrido observa que “Chávez ha logrado reunir tras su figura a muchos de los máximos dirigentes antiglobalización del planeta y a numerosos partidos políticos de izquierda.(...) Demás está añadir las múltiples expresiones de solidaridad de las FARC y del ELN, fuerzas que consideran a Chávez un “Presidente amigo.” A. Garrido, 2003, p. 24.

En efecto, la invocación chavista del bolivarianismo parece más bien motivada por la necesidad político-coyuntural, instrumentalizada por el liderazgo plebiscitario, de una identificación viable de sectores de la población, que viven ciertamente la frustración de la promesa democrática de los partidos y que encuentran en aquella una base firme, tanto para alimentar el “gran rechazo” de la democracia bipartidista precedente, como para la afirmación del proyecto alternativo de Chávez y del chavismo en el poder.²⁴

Asimismo, sobre el carácter “revolucionario” del “nuevo régimen”, caben algunas precisiones. Si partimos del hecho de que toda revolución consiste en un proceso social *sine dia*, que no admite interrupciones, la misma encaja difícilmente en la práctica de la política democrática, puesto que esta última siempre será *pro tempore*, en el sentido de que en todo gobierno democrático quienes han sido derrotados en determinado momento pueden aspirar a gobernar pocos años después y quienes acceden a las posiciones de gobierno deben enfrentarse con el electorado a intervalos regulares más o menos largos.²⁵

Desde esta perspectiva, los objetivos de toda revolución no pueden detenerse en el tiempo y hasta la vuelven irreversible, hecho que, por el contrario, encaja dentro de lo normal en el funcionamiento de las democracias. Si a ello agregamos el autoproclamado carácter “pacífico” de la así llamada “revolución bolivariana”, entonces tendríamos que aceptar que se trata de un experimento venezolano sin precedentes, puesto que toda causa revolucionaria excluye por principio cualquier obstáculo humano o material que le impida realizarse.

Asimismo, si partimos del presupuesto de que toda revolución presupone siempre un determinado grado de violencia, aquella entra en contradicción con la promesa y práctica democráticas. Como lo ha observado Linz, “una de las grandes virtudes de la democracia es que excluye el uso de la violencia para acceder al poder, es decir, el gompismo y la conquista re-

volucionaria del poder. Excluye también el uso de la violencia para retener el poder cuando éste ha de volver al electorado al término de un mandato. Asimismo excluye el uso de la fuerza para modificar las condiciones en las que se ha asumido el poder, para modificar la constitución, es decir, excluye el autogolpe desde el poder”.²⁶

En efecto y en la medida en que todo proyecto revolucionario debe contar, además de la vanguardia esclarecida y conciente de su proyecto –profesional, dentro de la concepción leninista–, con un sector social que se va ampliando con el avance de la fuerza revolucionaria en su tarea de desmantelamiento del “antiguo régimen”, un proyecto de tal naturaleza descarta por principio la competencia dentro de la pluralidad de intereses. Por consiguiente, toda acción revolucionaria poseerá siempre un bien determinado carácter *hegemónico*: su vocación estará siempre encaminada a hacerse con todo el control y dirección de la sociedad. De aquí que desde sus posiciones adquiridas de poder, el liderazgo revolucionario nunca estará dispuesto a negociar o debatir sobre la legitimidad de su autoridad, y en el despliegue de su acción se manifestará siempre proclive hacia las posiciones extremas y al ejercicio autoritario del gobierno.

La consideración de la “revolución bolivariana”, como “una vía popular exitosa para el ascenso al poder” identifica en los años recientes a unas cuantas corrientes de la “izquierda latinoamericana” de corte antiimperialista. Así, para el activista alemán de izquierda, Heinz Dieterich, conocido asesor del presidente Chávez, este último encarna el único liderazgo en el continente, con capacidad para integrar una opción popular de poder contra el imperialismo: “Es, el Presidente Hugo Chávez –observa Dieterich– una nueva luz de esperanza en la mediocridad y miseria del escenario político latinoamericano. Y cuando hablo del Comandante Hugo Chávez hablo, por supuesto, del intelectual orgánico de los oprimidos, del intelectual colectivo Hugo Chávez, que

²⁴ En la historiografía venezolana, el bolivarianismo aparece casi siempre vinculado con una suerte de religión secular si no como factor de unidad nacional, que ha servido de base para unos cuantos “proyectos” políticos innovadores en el pasado. Así, de acuerdo con Germán Carrera Damas: “El culto a la figura histórica de Bolívar dista mucho de ser una creación literaria, nacida del patriotismo exaltado y de la sensibilidad superexitada de uno o varios escritores. Dicho culto ha constituido, en propiedad de términos, una necesidad histórica, sin que por ello deba entenderse más de lo que el concepto de necesidad pueda expresar en el orden histórico. Su función ha sido la de disimular un fracaso y retardar un desengaño, y la ha cumplido satisfactoriamente hasta ahora.” Cf. Carrera Damas, 2003, p. 42 (Edición original, 1970). Véase Elías Pino Iturrieta, 2003; Juan Eduardo Romero, 2001, p. 229-245 y 2004, p. 146-169; José E. Molina, p. 169-198.

²⁵ Cf. Juan J. Linz, 1998, p. 227.

²⁶ *Ibid*, p. 227.



representa un espíritu de generación y de décadas de lucha de la transformación latinoamericana²⁷

En efecto, hoy en día contamos con unos cuantos indicadores para afirmar el hecho de que Chávez ha elegido una estrategia de poder continental a través de dos vías principales. De modo tal que, si por una parte, el presidente plebiscitario promueve dentro del sistema interamericano unas relaciones formales con todos los gobiernos democráticos de la región -privilegiando, sin embargo, su relación con los gobiernos de Brasil y Argentina-, por otra, adopta una “vía revolucionaria”, con el impulso de una alianza con Fidel Castro y otros movimientos políticos como el Movimiento al Socialismo de Evo Morales en Bolivia, el Frente Farabundo Martí en El Salvador, el Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y el Movimiento Pachakutik en Ecuador,

incorporando a los Piqueteros de Argentina y los Sin Tierra de Brasil, entre otros grupos (Olivares, 2004, p. 2)²⁸

El liderazgo neopopulista como proyecto hegemónico

Como en el pasado predemocrático latinoamericano, el ejercicio del liderazgo neopopulista se asume como la parte visible de un importantísimo juego de suma cero -los actores no parecen dispuestos a aceptar pérdidas o derrotas que ellos consideran catastróficas-, como una guerra de baja intensidad, manifiesta en actitudes políticas más proclives hacia el autoritarismo (Mainwaring, 2000, p. 183)²⁹

Ahora bien, en el caso de Venezuela, ¿cuáles han sido los elementos objetivos de la “revolución” chavista, aquellos que le permitieron configurar un auténtico proyecto hegemónico?

²⁷ Heinz Dieterich, 2004, p. 3. En un apartado de este libro, bajo el título “Los primeros pasos del Presidente Libertador (1999)”, el fervor del profesor alemán de la Universidad Autónoma Metropolitana de México lo llevó a establecer un diálogo que aporta unas cuantas luces sobre lo que en Venezuela se ha venido conociendo como “los extravíos del poder” (A. Stambouli). Con apego estricto al estilo del Régis Debray de *Revolución en la Revolución* en los 60, Dieterich procede a escudriñar los arcanos del poder del presidente venezolano. Veamos una muestra:

H.D.: “Voy a pensar un poquito sobre el tipo de razonamiento que observo en tu libro (de H.Ch.). Me parece que es un tipo de pensamiento como dialéctico concreto, también latinoamericanista, obviamente, y con un fuerte conocimiento histórico. Pero lo que más me llamó la atención es lo concreto y lo dialéctico. Creo que eso ha permitido la concreción de ese proyecto bolivariano. ¿Estarías de acuerdo con esa caracterización?”

H.CH.: “Si yo estaría de acuerdo. Lo dialéctico le ha permitido, entre muchas otras cosas, sobrevivir al planteamiento, al proyecto, porque ha sido un intenso y permanente esfuerzo de ir a la teoría, bajar a la praxis, volver a la teoría, bajar de nuevo a la praxis (...) Efectivamente todo eso es un gran esfuerzo dialéctico. Creo que estar aquí en este sitio, en el palacio de gobierno, es dialéctico: es gobierno y pueblo”

H.D.: “Parece que esto es natural en ti”

H.CH.: “Sí, creo que siempre fue así. Igual cuando era militar. Además, en esa relación entre el signo dialéctico y el signo concreto me han ayudado mucho las lecturas de la utopía concreta. Como decía Bolívar en el Manifiesto de Cartagena: “no podemos tener filántropos por jefes, “No podemos hacer repúblicas aéreas”. Entonces, sí hay que ser concreto (...) Entonces, eso es ser concreto, como en mis reuniones con los ministros: díganme cómo, díganme cuándo y díganme con qué”.

H.D.: “Cuando leí tus entrevistas con Muñoz, a veces pensé: Hugo razona un poco como Fidel Castro; en el sentido de cómo construyes el argumento, cómo das un paso tras otro para llegar a una conclusión, y todo esto sin que se note el esfuerzo de construcción.”

H.CH.: “Podría haber una similitud. Yo he oído a Fidel en varios de sus discursos y sí hay como una secuencia que pareciera ser natural en él: parte de un hecho menudo, pasa a una progresión y saca la conclusión”.

H.D.: “¿Podrías explicar qué significa que la revolución democrática que están haciendo tiene que ser integral?”

H.CH.: “El planteamiento revolucionario, para que no se desnaturalice, debe atacar en todos los frentes de batalla, es decir, con una revolución integral me refiero a una revolución ética-moral. Un poco el planteamiento de Campos: yo me rebelo, luego nosotros somos. Un planteamiento muy a lo Descartes.” Ibidem, p. 23-71.

²⁸ Cf. Francisco Olivares, 2004, p. 2. La apuesta “revolucionaria” de Chávez ha tenido cierto impacto en el continente a partir de la Declaración del Congreso de los Pueblos y de su participación efectiva en el Foro de Sao Paulo y el Foro Social Mundial (2003). Allí se destaca una neta línea política de apoyo a la revolución cubana, oposición al ALCA y al neoliberalismo (contra la privatización de las empresas estatales), rechazo al Plan Colombia y propuesta de desmantelamiento de las bases militares norteamericanas en la región., presentes todas estas tesis en la retórica presidencial. (Ibid.)

Entre las figuras políticas emergentes con opción de poder, a las que Chávez ha tratado de ganar para su proyecto, encontramos a Andrés López Obrador en México, Tabaré Vázquez en Uruguay y Evo Morales en Bolivia, quienes, como en su tiempo Lucio Gutiérrez en Ecuador, no han tardado mucho para adoptar perfiles propios, paradójicamente distintos al de Chávez en el poder.

²⁹ Cf. Scott Mainwaring, 2000, p. 183

Porque, si bien es cierto que en el plano del discurso del líder plebiscitario está implícita una vocación revolucionaria, en el plano de las realizaciones efectivas cuenta más bien con no pocos elementos de regresión social y política.

Si asumimos que el modelo de democracia de partidos ha constituido, particularmente en la etapa de las transiciones postautoritarias, todo un proyecto hegemónico de poder, que se va desplegando con el reordenamiento concreto de las principales fuerzas políticas -articulado y canalizado por los partidos-, en el caso del modelo plebiscitario y neopopulista, cabe plantear la cuestión de saber si este último reúne los presupuestos básicos de un tal proyecto histórico. Hasta aquí, la propuesta de Chávez y del chavismo en el poder se ha presentado siempre recubierta de un manto de legitimidad democrática, lo que, como hemos visto más arriba, la aleja ciertamente de la propuesta revolucionaria.

Asimismo, no resulta casual el hecho de que, tanto en el discurso de Chávez como en la comunicación que se establece a partir de la acción del chavismo en el poder, la invocación recurrente de los caudillos rurales del siglo XIX deja sin contenido la propuesta política innovadora y revolucionaria, destinada esta última a un público convencido de la necesidad de romper con el pasado. Y, la traducción política de la ética excluyente, que se apoya en una pretendida superioridad moral del movimiento, deja sin referente a buena parte de la población, aquella que no estaba ganada en modo alguno con la “política del resentimiento”, preconizada desde las posiciones de gobierno y alimentada por la mayoría gobernante.

Una observación detenida de la incapacidad de la clase política para asumir la tarea de la representación de los diversos intereses y su manifiesta incompetencia para procesar

el conflicto nos conduce a la conclusión de que el nuevo sistema de poder no contaba con los medios necesarios para asegurar por largo tiempo una popularidad presidencial, demasiado sustentada en un cierto nivel de control de un electorado cautivo que, si bien mayoritario, casi nunca sobrepasó el 50% del mismo.

Paradójicamente, la neutralización de la oposición, movilizadora en forma intermitente, permitió a la autoridad presidencial sobreponerse ante todas las amenazas a sus posiciones de poder. De ello se sigue una situación de permanente tensión y conflictividad, al parecer, inmanejable dentro del entramado institucional de la nueva democracia plebiscitaria.³⁰ De modo tal que a la inviabilidad de un proyecto nuevo de hegemonía, se vincula una tensa relación que provoca la elevación de los niveles de conflictividad, alimentando con ello una polarización social sin precedentes. Polarización que entra en contradicción con cualquier proyecto democrático de sociedad, en tanto forma política pluralista y antiautoritaria, que se presente como el marco social elegido y destinado a asegurar la expresión de las diversas opciones políticas, y obedece más bien a la búsqueda de proyectos de hegemonía alternativos, tecnocrático, plebiscitario o neopopulista.

Si en las décadas pasadas, el proyecto democrático –en tanto forma hegemónica de la política– se fue configurando dentro de contextos latinoamericanos, autocalificados posautoritarios y pospopulistas, como la respuesta social al fracaso de las soluciones de fuerza o autoritarias, el surgimiento de soluciones autoritarias en los años recientes, de corte plebiscitario o neopopulista, se inscribe dentro de políticas regresivas que representan el abandono de la promesa social y política de la democratización.

³⁰ Desde los tiempos de la elección de la Asamblea Nacional Constituyente (Junio 1999), el chavismo en el poder se dio modos para fabricar mayorías artificiales y ciertamente avasalladoras (con una abstención de cerca del 60%, el Polo Patriótico se aseguró el apoyo de 123 de los 131 constituyentes). A partir de entonces y hasta el Referéndum Revocatorio Presidencial de Agosto 2004, el chavismo puede reclamar el apoyo de la mayoría del electorado, dejando sin representación a cerca del 50%, identificado con la oposición. De ello deriva una inestabilidad política permanente y la gran conflictividad que afecta a la sociedad civil en sus relaciones con el Estado. Véase Fátima Anastasia, Carlos R. Melo y Fabiano Santos, 2004. Con un apoyo de este tipo, resulta a todas luces inviable la imposición real de un proyecto hegemónico alternativo al de la democracia representativa de partidos.



Referencias

- Adler, A. (2004). Chávez: mitad Perón, mitad Che Guevara, *El Nacional*.
- Ai Camp, R. (comp.). (1997). *La democracia en América Latina. Modelos y ciclos*, México. Siglo XXI.
- Anastasia, F., Melo, C. y Santos, F. (2004). *Governabilidade e Representação Política na América do Sul*. Rio de Janeiro:Fundación Konrad Adenauer.
- Beyme, Klaus von (1995). *La clase política en el Estado de partidos*. Madrid: Alianza.
- Blanco, C. (2002). *Revolución y desilusión. La Venezuela de Hugo Chávez*. Madrid: Catarata.
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Caballero, M. (2000). *La gestación de Hugo Chávez. 40 años de luces y sombras en la democracia venezolana*. Madrid: Catarata.
- Carrera, G. (2003). *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la historia de las ideas*. Caracas: Alfadil.
- Cavarozzi, M. y Abal, J. (h.) (comp.). (2002), *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario (Argentina) : Fundación Konrad Adenauer-HomoSapiens.
- Cheresky, I y Pousadela, I. (comps.). (2001), *Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Paidós Latinoamericana.
- Couffignal, G. (1994). *Democracias posibles*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Dabene, O (1997). *Amérique latine. La démocratie dégradée*, Paris: Editions Complexe.
- Díaz, R. (2002). *Todo Chávez. De Sabaneta al golpe de Abril*. Caracas: Planeta.
- Dieterich, H. (2004). *Hugo Chávez. El destino superior de los pueblos latinoamericanos. Conversaciones con Heinz Dieterich*. Caracas: Publicaciones de la Alcaldía de Caracas.
- Durán, A. (2004). *Venezuela en llamas*. Caracas: Debate.
- Ellner, S. (2004). Hugo Chávez y Alberto Fujimori: análisis comparativo de dos variantes de populismo, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 10, n° 1, 2004, p. 13-37.
- Ellner S. y Hellinger, D. (2003). (Eds.), *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Flores d'Arcais, P. (1995). El desencantamiento traicionado, en P. Flores d'Arcais et al., *Modernidad y política. Izquierda, individuo y democracia*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Garretón, M. (1995). *Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Garrido, A. (2003). *Notas sobre la Revolución Bolivariana*. Mérida: Ediciones del Autor.
- Gómez, L. (2002). Liderazgo político en transición: el caso de Venezuela, en Wilhelm Hofmeister (comp.), *Dadme un balcón y el país es mío. Liderazgo político en América Latina*. Río de Janeiro: Fundación Konrad Adenauer.
- Hagopian, F. Democracia y representación política en América Latina en los años noventa: ¿Pausa, reorganización o declinación?, en Ernesto López y Scott Mainwaring.
- Harnecker, M. (2003). *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo*. Bogotá: Ediciones desde abajo.
- Hermet, G. (2001). *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique XIXe.-XXe. Siècle*. Paris : Fayard.
- Hidalgo, M (1998). Consolidación, crisis y cambio del sistema venezolano de partidos. *Politeia*, n° 21.
- Hofmeister, W. y Mansilla, H. (eds.) (2003). *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario (Argentina), Fundación Honrad Adenauer-HomoSapiens.
- Kornblith, M. (1998). *Venezuela en los noventa: las crisis de la democracia*. Caracas: Ediciones IESA.
- Levine, D. (2003). Democratic Consensus in two timeframes: 1972-2002, *Politeia*, n° 30, Primer Semestre.
- Levine, D. y Romero, C. (2004). Movimientos urbanos y desempoderamiento en Perú y Venezuela, *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 36, Abril 2004, p. 47-77.
- Linz, J. (1987). *La quiebra de las democracias*. Madrid:Alianza Universidad.
- _____ "Los problemas de las democracias y la diversidad de democracias", en Rafael Del Águila, Fernando Vallespín y otros, *La democracia en sus textos*, Madrid, Alianza, 1998, p. 225-266.
- López, E. y Mainwaring, S. (2000). (comps.), *Democracia: Discusiones y nuevas aproximaciones*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmas.
- Madueño, L. El populismo quiliástico en Venezuela. La satisfacción de los deseos y la mentalidad orgiástica, en A. Ramos Jiménez (ed.), op.cit., p. 47-76.
- Mainwaring, S. La capacidad de supervivencia democrática en América Latina", en Ernesto López y S. Mainwaring, op.cit., p. 137-209.
- Martínez, A.(coord.), (1997). *Cultura política, partidos y transformaciones en América Latina*, Caracas, CIPOST-UCV/CLACSO/Trópikos.
- Myers, D. y McCoy, J. (2003). Venezuela in the gray zone: From feckless pluralism to dominant power system, *Politeia*, n° 30,Primer Semestre .
- Molina, J. (2003). Izquierda y estabilidad de la democracia en América Latina: la ideología de

la Revolución Bolivariana y su repercusión sobre el proceso político en Venezuela y América Latina, *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 35, Diciembre 2003, p. 169-198.

O'Donnell, G. (1997). *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós Latinoamericana.

_____. (2001). Repenser la théorie démocratique: perspectives latino-américaines, *Revue Internationale de Politique Comparée*, vol. 8, n° 2, Été .

Olivares, F. (2004). A lo Chávez. El renacer de la izquierda latinoamericana, *El Universal*.

Osorio, J. (1997). *Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Panebianco, A. (1990). *Modelos de partido*. Madrid: Alianza.

Penfol, M. (2001). El colapso del sistema de partidos en Venezuela: explicación de una muerte anunciada, en José Vicente Carrasquero, Thaís Maingon y Friedrich Welsch (Eds.), *Venezuela en transición: elecciones y democracia 1998-2000*, Caracas, RedPol.

Perelli, C. (1995). La personalización de la política. Nuevos caudillos, outsiders, política mediática y política informal”, en Carina Perelli, Sonia Picado y Daniel Zovatto (comps.), *Partidos y clase política en América Latina en los 90*. San José de Costa Rica: IIDH-CAPEL.

Petkoff, T. (2000), *La Venezuela de Chávez. Una segunda opinión*. Caracas: Grijalbo.

Pino, E. (2003). *El divino Bolívar. Ensayo sobre una religión republicana*. Madrid: Catarata.

Ramos, A. (2001), *Los partidos políticos latinoamericanos. Un estudio comparativo*. Mérida: Centro de Investigaciones de Política Comparada.

Ramos, A. (1997). *Las formas modernas de la política. Estudio sobre la democratización de América Latina*, Mérida: Centro de Investigaciones de Política Comparada.

_____. Algunas hipótesis sobre la relación entre intelectuales y política en Venezuela, en Wilhelm Hofmeister y H.C.F. Mansilla, op.cit., p. 107-125.

_____. (2002). Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada”, en A. Ramos Jiménez (ed.)

_____. Partidos y sistemas de partidos en Venezuela, en M. Cavarozzi y J. Abal Medina (h.)

_____. (2000). El liderazgo del nuevo comienzo. Notas sobre el fenómeno Chávez, *Revista Venezolana de Ciencia Política*, n° 18, Julio-Diciembre.

_____. (1999). Venezuela: el ocaso de una democracia bipartidista, *Nueva Sociedad*, n° 161, mayo-Junio .

Ramos Jiménez, Alfredo (ed.), *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida, Centro de Investigaciones de Política Comparada, 2002.

Ramos, A. (ed.) (1987). *Venezuela. Un sistema político en crisis*. Mérida: Kappa Editores.

Rey, J. (1989) *El futuro de la democracia*. Caracas: IDEA.

Rivas, L. (2002). *Transformaciones y crisis de los partidos políticos. La nueva configuración del sistema de partidos en Venezuela*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials (Working Papers).

Roberts, K. Polarización social y resurgimiento del populismo en Venezuela, en Steve Ellner y Daniel Hellinger.

Romero, J. (2004). Hugo Chávez y la representación de la historia en Venezuela. *Reflexión Política*, Bucaramanga, n° 11, Junio.

_____. (2001). El discurso político de Hugo Chávez (1996-1999). *Espacio Abierto*, vol. 10, n° 2, Abril-Junio.

Sartori, G. (1988). *Teoría de la democracia. 1. El debate contemporáneo*. Madrid: Alianza.

Schmitt, C. (1991). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza.

Sierra, M. (2004). 5 años con Chávez. Balance de un gobierno que dividió al país: Autocracia en vivo y directo, *El Nacional*, 2-02-2004, Edición Especial.

Strasser, C. (2004). La democracia del siglo XXI en América Latina. Apuntes sobre lo que es/no es y lo que será/no será”, *El Debate Político. Revista Iberoamericana de Análisis Político*, año 1, n°1, Verano .

Taguieff, P. (2002). *L'illusion populiste. De l'archaïque au médiatique*. Paris : Berg International.

Viciano R. y Martínez, R. (2001). *Cambio político y proceso constituyente en Venezuela*. Caracas: Vadell Hermanos.

Weber, M. (2001). *El político y el científico*. México: Ediciones Coyoacán.